

# Ray Bradbury: crónicas de una inquietud

LUIS ÁNGEL LOBATO

Luis Ángel Lobato es licenciado en Filología Hispánica y ha publicado, entre otros, los libros de poemas *Galería de la Fiebre* (1984-1990), *Pabellones de Invierno* (1991-1995) y *Regreso al Tiempo* (1996-2000).

¿Qué ha hecho este hombre de Illinois, me pregunto, al cerrar las páginas de su libro, para que episodios de la conquista de otros planetas me llenen de terror y de soledad?

JORGE LUIS BORGES

# I.

Para leer *Crónicas marcianas* (*The Martian Chronicles*), de Ray Bradbury, se necesita un crepúsculo y una casa grande —que diría Borges— con amplias habitaciones casi vacías.

En una de esas habitaciones, la del ala oeste, una ventana abierta a la vastedad de una llanura de hierba roja, al perfil lejano de unas colinas. Ante la ventana, una mesa antigua de madera noble y un sillón de terciopelo verde con algún brillo en el respaldo. Sobre la mesa, aproximadamente en su centro, un jarrón de vidrio con agua turbia y violetas vencidas; en su esquina izquierda, un globo marciano de Lowell, con su alucinante red de canales. Ha de ser finales de septiembre y nos tiene que poblar el peso masoquista de la fiebre o el cansancio.

Después, en esa luz natural que aún hace daño a los ojos, mientras presentimos la inflamada densidad de una tormenta, se puede iniciar la elegía: “Un minuto antes era invierno en Ohio; las puertas y las ventanas estaban cerradas, la escarcha empañaba los vidrios, el hielo adornaba los bordes de los techos, los niños esquiaban en las laderas; las mujeres, envueltas en abrigo de piel, caminaban torpemente por las calles heladas, como grandes osos negros”.

II. El itinerario que recorrió Bradbury hasta alcanzar la publicación en 1950 de *Crónicas marcianas* fue sincero.

Raymond Douglas Bradbury había nacido un probablemente tedioso domingo 22 de agosto de 1920 en Waukegan, Illinois. Fueron sus padres Leonard Spaulding Bradbury —su familia era editora y vendedora de diarios y revistas— y Esther Moberg Bradbury, quien leía al pequeño Ray historias de Edgar Allan Poe cada noche, ya en la cama, antes de dormirse. Mientras, la imaginación de Bradbury se iba desbordando, a la vez que sus muchos ratos libres eran absorbidos por sus aficiones preferidas del momento: el mundo de la magia y el cine de terror.

En 1932 parte con su familia —padre, madre y su hermano Leonard, ya que una hermana y otro hermano habían muerto siendo muy niños, hecho que siempre marcaría sus obsesiones— hacia Arizona. Instalado allí, comienza a simpatizar con la lectura de revistas de aquella todavía ingenua ciencia ficción de los años 30. Esas aventuras bullen en su cerebro y se decide él mismo a continuarlas o escribirlas.

Unos dos años más tarde, la familia se traslada a California —corren los tiempos de la Depresión— para afianzarse en Los Ángeles. En la revista del instituto donde estudia se publican sus primeros relatos y poe-

mas. Poco a poco va descubriendo nuevos escritores de los que aprender: Hemingway y Thomas Wolf ocupan firmemente sus lecturas.

Pasan unos años, y en 1937 asiste allí, en Los Ángeles, a una convención de ciencia ficción: ese encuentro cambiará su vida. Desde entonces escribe compulsivamente cuentos que hará llegar a los distintos autores que durante ese evento ha conocido.

Al concluir sus estudios secundarios se coloca —tradicción que acoge a muchos genios estadounidenses, siguiendo remotos impulsos familiares— de vendedor de periódicos. Nos encontramos en 1938.

El joven Bradbury sigue escribiendo presurosamente y crea, para conseguir publicar sus escritos, su propio y efímero *fanzine*, en el que colaboran autores tan celebrados como Robert Heinlein, Henry Kuttner o Damon Knight. Pero, paradójicamente, consigue cierta notoriedad en una importante revista con un relato de otro género y recibe elogios de conocidos escritores ajenos a la ciencia ficción. A partir de entonces sus historias aparecen con asiduidad en acreditadas publicaciones de corte fantástico. Hacia 1942 decide abandonar su trabajo de vendedor para convertirse en escritor profesional.

Lentamente, este caballero afable y bromista, va separándose de los temas fantásticos y policiales en los que andaba inmerso para centrarse en la pura ciencia ficción, si bien entendida a su manera: desviada de la dura tecnología y atendiendo a la psicología de unos personajes solitarios, a sus temores y esperanzas.

Por fin, en torno a 1948, tras su primer libro publicado —una colección de cuentos abierta a climas de fantasmas y pesadillas titulada *Dark Carnival*—, se anima a escribir una serie de invenciones sobre el planeta Marte. Serán relatos sueltos que hablen de la soledad, del miedo y de los sueños, de la vida de los marcianos y de su extinción, de sus conquistadores y verdugos: los terrícolas.

En 1950, el trabajo adquiere formato de libro y se publica. El resultado, basado principalmente —así lo estimo— en la estructura del memorable *Winesburg, Ohio*, de Sherwood Anderson, en su mezcla de historias y personajes, es un glorioso montaje (*fix-up*) de cuentos de ciencia ficción (aunque esa adscripción quede superada en la práctica) titulado *The Martian Chronicles*, que se leen como si se tratase de capítulos de una novela.

Desde entonces se irán agregando evocadores títulos como *The Illustrated Man* (1951), *The Golden Apples of the Sun* (1953), *Fahrenheit 451* (1953), *A Medicine for Melancholy* (1959) o *The Machineries of Joy* (1964). Lo demás, es de sobra familiar: llega a ser considerado por la crítica uno de los escritores con más talento de la narrativa estadounidense del siglo XX.

Es notorio: Ray Bradbury sobrepasa, gracias a la calidad de su prosa, el marco de la ciencia ficción, y es conocido y ensalzado por la crítica mundial. Se habla de su voz de poeta, de su desusada prosa poética en el ámbito del mencionado género literario.

Pero Bradbury no sólo cultiva este tipo de literatura. En su producción, principalmente en una primera etapa, nos encontramos con relatos de pura fantasía; de terror, aunque el gusto por el pánico se aloja en la mayoría de sus cuentos; policiales; y de la denominada literatura general, muchos de estos últimos ambientados en Irlanda y con una factura muy cercana a la de los postulados estéticos de la Generación Perdida.

Novelas, relatos, poemas, obras teatrales, guiones cinematográficos (como el de *Moby Dick*, de John Huston) y televisivos rellenan el exuberante estuche de su inspiración. Pero centrémonos, ahora, en su ciencia ficción. Ésta es concebida como una literatura de ideas, especulativa, donde su genio puede conducirnos a visitar nuevos tiempos y mundos alternativos, a mostrarnos extraños ritos sociales e insólitas consumaciones culturales.

Su labor literaria se articula en el seno de una ciencia ficción donde prevalece lo antropológico, sociológico y psicológico sobre las bases tecnológicas y físicas, y cronológicamente encajaría en la “época clásica” de la ciencia ficción, que abarcaría, acogiendo las estimaciones más amplias, desde finales de los 40 hasta principios de los 60 del siglo XX, con nombres, entre otros, como Arthur C. Clark, Isaac Asimov, Paul Anderson, Henry Kuttner –su maestro–, Frank Herbert, Richard Matheson, Walter M. Miller Jr., Theodore Sturgeon e, incluso, el recordado Philip K. Dick.

Las influencias más notables que presiden la totalidad de sus obras habría que buscarlas, a mi juicio, en Lewis Carroll, Edgar Allan Poe, Bram Stoker, Nathaniel Hawthorne, R. L. Stevenson, H. G. Wells, Franz Kafka, Lord Dunsany, H. P. Lovecraft, August Derleth y el incomparable M. R. James. Se incorporarían también cinco gigantes de la novela negra americana como Cornell Woolrich, Dashiell Hammett, Raymond Chandler, Ross Macdonald y James M. Cain, hasta alcanzar a autores del género como Fredric Brown, Henry Kuttner o Leigh Brackett, para concluir con el magnífico Sherwood Anderson y las narraciones breves de Ernest Hemingway.

¿Qué temas e intenciones desea revelarnos Ray Bradbury en sus narraciones de ciencia ficción y, en particular, en *Crónicas marcianas*? Bradbury es un escritor “social”, un “moralista” del porvenir, entendiendo con estos términos que utiliza la ciencia ficción como un vehículo para mostrarnos, con pretensiones de denuncia, la condición de la sociedad norteamericana de finales de la década de 1940, que recrea ejemplares parábolas y elegías futuras bajo una esforzada dimensión de romanticismo.

Bradbury también nos insinúa que antes de explorar lejanos mundos, los hombres deben aprender a no autodestruirse. Existe en sus *Crónicas* una ferviente preocupación por la esencia de lo humano: el hombre es un ser dual que opone una energía idealista, que le permite alcanzar las estrellas, a un ánimo destructivo, que le atrae hacia el holocausto nuclear.

Existe, así, un humanismo en la postura de Ray Bradbury en sus *Crónicas marcianas*, un humanismo que se ve dilatado ante la manifiesta discriminación racial de los negros e hispanos por parte de los ciu-

dadanos de primer orden: los americanos de ascendencia anglosajona. Es un hispano, precisamente, quien establece un excepcional contacto, en el célebre capítulo titulado ‘Encuentro nocturno’, con un marciano, cuando esta estirpe ya ha desaparecido, mediante un casual pliegue de ondas temporales, en dos presentes distintos.

Al fin, los miedos a la muerte, a la soledad y a los terrores infantiles pueblan estos episodios, y en nuestros ojos perdura, al volver la última página, una sensación de íntima inquietud.

III. *Crónicas marcianas* comienza en enero de 1999 y concluye en octubre de 2026.

Desde “Un minuto antes era invierno en Ohio” hasta “Los marcianos les devolvieron una larga mirada silenciosa desde el agua ondulada...” han transcurrido casi treinta años, tiempo suficiente para consumir una conquista; también la desolación.

Con tintes crepusculares, argumentos inquietantes, metafísicos y un hermoso tono poético –en cada capítulo del libro yace una especie de vaporosa elegía–, Bradbury nos muestra un Marte decadente, de campos arrasados y mares fósiles. Sus pocos habitantes –pasivos, telépatas, algo místicos– reaccionan con el arma del absurdo, después de la violencia física y psíquica, ante unos singulares invasores ¿nosotros? perplejos y ofendidos ante tanta indiferencia.

Pero el esperado choque entre las dos especies no se produce: la forzosa convivencia o la guerra incuestionable son innecesarias. Otros invasores, esta vez invisibles, son capaces de resolver el problema: los virus terrestres aniquilan a toda una marchita raza. Se inicia entonces la conquista de un planeta desamparado, casi estéril, el desprecio por su cultura, la implantación de los prejuicios.

Todos, allá en la Tierra, anhelan una oportunidad: caravanas de naves celestes parten hacia una nueva vida; buscadores de oro, agricultores, comerciantes, aventureros, se disputan un trozo de planeta de arena rojiza.

Más tarde llega el asentamiento, los nombres a las cosas, la comodidad, la sociedad americana triunfante: *Coca-cola*, pastel de carne, gasolineras perdidas, bares con azulados neones intermitentes en sus fachadas...

Todavía algún inesperado superviviente realiza pequeñas fechorías en la establecida comunidad. Luego, de nuevo, la calma.

Pero de pronto cambian los papeles. Llegan noticias estremecedoras de la Tierra: guerras nucleares asolan los campos de labranza y los mares verdes. Y una vez más, la nostalgia de lo irrecuperable impone el regreso, tal vez la retirada.

Marte es un mundo abandonado, plagado por las ruinas de un verano. Los cohetes se alejan con la última esperanza en sus bodegas. Pero quién sabe...

Marte, octubre de 2026: una resistente familia de terrestres mira sus rostros reflejados en el agua de un canal: “Los marcianos les devolvieron una larga mirada silenciosa desde el agua ondulada...”.